

Pilar Rahola



Quebrar el cordón umbilical

Me dicen que el llamado *síndrome Saramago* lo inventó Jordi Pujol. El molt honorable estaba en la tesitura de intentar *vender* una medida política sobre la familia, cuya digestión se preveía pesada en los estómagos de la oposición de izquierdas. Su gente estaba nerviosa, y ante las dificultades del consenso, Pujol espetó a los suyos: “Decid que Saramago está de acuerdo, y veréis que todo va *oli amb un llum*”. Sin duda, Jordi Pujol sabía que el pensamiento de mucha gente no se estructura en función de las ideas propias, sino de las consignas que esparcen los gurús pertinentes, la mayoría auténticos líderes de la fe ideológica. Por eso hay muchos más creyentes en las ideologías que pensadores, porque resulta infinitamente más fácil creer que pensar. De ese criterio debe ser el presidente Zapatero, sabedor de la facilidad con que se activan los mecanismos Pavlov en esta España de dogmas de fe. Y por eso mismo los activa, convencido de que no hay nada más seductor, para la pelea ideológica gruesa, que las cuestiones que mezclan la moral con la política. Ergo ¿qué puede ser más útil para un presidente del Gobierno atrapado en el drama de la recesión, con un paro que hace el salto de pértiga olímpico, unas clases medias abandonadas y asustadas y una crisis que hunde las expectativas? Sin ninguna duda, una buena pelea política que incorpore todos los elementos de la diversión: moral, religión, sexualidad, libertad, derecho. Es cierto que el peor momento de la historia de un pueblo, para abrir un debate de este calado, es cuando una crisis económica golpea severamente. Precisamente por ello, es el mejor momento para un presidente en apuros. En esta España que ha pasado de ir a misa diaria y vivir bajo palio a comerse a los curas crudos, nada es más rentable políticamente que azuzar a la Iglesia con el aborto, la píldora y otras lindezas. Se gana perfil progre, se vende valentía y se marca paquete político. “Con la Iglesia hemos topado”, y todos a derribar molinos imaginarios, mientras el paro quiebra las estadísticas. Desde luego, como campaña electo-

ral, no tiene precio. A pesar de ello, algunos de nosotros podemos pensar que, aunque se trate de oportunismo, bienvenido el oportunismo. Al fin y al cabo, cuestiones de fondo como la ley del aborto necesitaban una reforma profunda que nunca acababa de llegar.

Avanzo, pues, mi convicción de que era necesario regular seriamente el aborto, para evitar los abusos que permitía la ley actual. También avanzo que no me escanda-



ASTROMUJOFF

liza la Iglesia, cuya actitud es absolutamente lógica. Lo expresaba muy bien el arzobispo Martínez Sistach en su entrevista de ayer con Josep Cuní: “Hemos de adaptar la Iglesia a muchas cosas, pero llega un momento en que no podemos avanzar más. Por ejemplo, el aborto. Nunca podremos bendecirlo. Podremos perdonar, comprender, acoger, pero nunca bendecir”. Impecable, desde su perspectiva religiosa. Tanto como es también impecable la postura de muchos de nosotros a favor de una ley razonable. Sin embargo, una cosa es legislar una materia delicada y establecer unos plazos razonables, y otra muy

distinta enviar mensajes equívocos que afectan seriamente a las relaciones humanas. Es decir, una cosa es establecer una ley sobre el aborto y la otra meter a saco la ley en el comedor de casa, introducir la sospecha y el secretismo en las relaciones familiares, quebrar la confianza entre padres e hijos y convertir a una chica de 16 años en un dechado de madurez. No sé si la culpa de esta *radicalidad* es de la ministra Bibiana Aído, cuya única virtud política, hasta el momento, es su juventud –lo cual es pésimo, porque la juventud se cura con la edad–. O si se trata de una decisión consensuada dentro del socialismo. Pero en ambos casos lo cierto es que el PSOE está jugando frívolamente con cuestiones muy profundas que, a pesar de ser vendidas como progresistas, me parecen seriamente regresivas. Lo preguntaba el otro día en un artículo sobre la píldora del día después, y la pregunta se mantiene en este caso: ¿Dónde está el progresismo de la medida? ¿En enviar el mensaje de que los padres no son necesarios en un trance tan importante? Es decir, ¿se considera una sociedad más progresista aquella que convierte a los padres en sospechosos, los aleja de las decisiones difíciles de sus hijas adolescentes y sitúa a estas ante la soledad de sus problemas? Por supuesto, estoy de acuerdo en que unos padres no pueden obligar a una chica a tener un hijo no deseado. Pero hay un abismo entre proteger el derecho de esa joven a no ser madre obligada y apartar legalmente a los padres de la decisión. Entre medias, ¿no podía articularse alguna medida conciliadora? No, a saco, 16 años y los padres no pintan nada, ni tan sólo para acompañar. Y así, de un plumazo, el PSOE pretende quebrar el sutil cordón umbilical que une a padres e hijas y que los ha ayudado, a lo largo de los siglos, a tirar adelante en momentos críticos. Esto no es progresismo. Esto es un bandazo radical, dirigido a buscar el aplauso fácil de los *hooligans*. ¿Será que cuanto menos decisión económica tiene el Gobierno más radicalidad ideológica necesita?

www.pillarrahola.com

Baltasar Porcel



En tiempo de confusiones

Se está produciendo aquí una curiosa y grave dualidad intelectual de mucha dimensión social y gubernativa. Y es que mientras los gobernantes y los gurús establecidos manifiestan cada vez más su impotencia y estupefacción ante la crisis, proliferan las reflexiones y sentencias sobre la cuestión, pues crecen los blogs, boletines, reuniones y cursos de asociaciones, los grupos de opinión, las tertulias mediáticas, con que remitimos una ingente cantidad de doctrina y en apariencia de soluciones. Pero nada se traduce en hechos ni influye en los centros de decisión, que se continúan guiando por cualquier mecánica, pero ajena al hervor social y a la necesidad existentes.

Mientras, los problemas objetivos se agravan, y acaso sea a través de Cáritas y de las parroquias donde más se palpan, pues ha aumentado muchísimo la gente que acude a ellas en busca del más elemental sustento, a la par que lógicamente han disminuido las donaciones de los fieles o del ciudadano piadoso, pues si antes los necesitados radicales se daban entre una población marginal, ahora es ya la ciuda-

Los problemas objetivos se agravan, y es a través de Cáritas y las parroquias donde más se palpan

danía habitual del país la que padece la necesidad extrema. El tejido personal y colectivo se nos deshace, sin que atisbemos qué podemos hacer para evitarlo. Y ello en medio, insisto, de una especie de concienciación y sabiduría desbordadas. O sea, que se trata de un fenómeno que no es ya que no alcance a, por ejemplo, una barriada de inmigración, sino que ni siquiera llega al Govern ni a los partidos que votan, los que permanecen impávidos en su protagonismo tan constante como inoperante.

¿Qué ocurre, pues, con este disfuncionalismo, no refleja acaso la pérdida del sentido de la realidad, del equilibrio social y nacional con su juego de interferencias? Es imposible que seamos tan listos y no acertemos a dar pie con bola. O, mejor dicho, que la verdad y la práctica última deban estar en Cáritas, que, además, como pertenece a la Iglesia, tenemos que observar con recelo por los líos que se traen unos y otros sobre el preservativo, el aborto, la píldora del día después y la tensión entre derecha e izquierda.

Por lo demás, esta columna también sufre una determinada confusión, y así ayer repitió un texto que ya había aparecido días antes. Es evidente que corremos demasiado, sin a veces alcanzar la meta obligada y óptima, para en cambio confundirnos a nosotros mismos.

El viejo símbolo de Babel, al tiempo que conmemoramos sin parar efemérides históricas desde perspectivas progresistas, como si hubiéramos transitado desde un oscuro milenarismo a otro renacimiento. Menos mal que si seguimos yendo a Cáritas, al menos Dios puede pillarnos confesados. Aunque si los curas en lugar de dar de comer al hambriento tienen que ocuparse de nuestros líos babélicos, serán ellos los que deberán confesarse por perder el tiempo.●

Gregorio Luri

Cazadoras de PVC

Recientemente oí a Josep Maria Espinàs comentar, a propósito de la publicación de su viaje a pie al valle de Ricote, que “los murcianos son como los catalanes...”. Y tras provocar en el auditorio el efecto de perplejidad que pretendía, añadió: “... porque no hay dos iguales”. Tuve oportunidad de hacer uso de esta fina observación hace un par de semanas. Caminaba plácidamente por la calle Tànger cuando noté que un coche se detenía a mi lado. El conductor, una persona que me pareció elegante, de unos 40 años, bajó la ventanilla y se dirigió a mí en italiano. “¿Puedo hacerle una pregunta?”. “¿Dígame!”. “¿Qué piensa usted de los italianos?”. “Que son como los catalanes... ¡No hay dos iguales!”. Encontré tan afortunada mi respuesta que la re-

compensó con dos regalos. Dos cazadoras de cuero, una tamaño XL y la otra XXL. Tal cual. Es cierto que al llegar a casa comprobé que no eran de cuero, sino de PVC, y que estaban hechas en China, pero eso poco nos importó ni a mí ni al amigo al que le regalé la XXL. Quizás debí ofrecérsela en primer lugar a Espinàs. Mi hija sospechaba de esta generosidad gratuita e insinuaba que había gato encerrado, pero yo justifiqué lo sucedido suponiendo que un vendedor de ropa italiano había decidido regalar dos prendas sobrantes a un transeúnte bien plantado. Lo que no podía prever es el siguiente capítulo de la historia. No habían pasado un par de semanas cuando tras comentar estos hechos con un amigo de Pamplona (yo soy navarro), recibí por e-mail un recorte del *Diario de Navarra* que informaba de que la policía municipal había detenido al conductor de un co-

che acusado de un delito de estafa por vender por 300 euros cuatro cazadoras falsificadas haciendo creer que eran de marca. Algo debió de sospechar el estafado, pues apuntó la matrícula. El conductor era un italiano de 40 años, con iniciales M.D.F., que tras asegurar que acababa de dejar un cargamento de cazadoras en un importante establecimiento de la ciudad, prefería vender las sobrantes a precio de saldo antes que volver con ellas a Italia. Cuando fue detenido llevaba diez cazadoras más, todas de piel sintética, y 1.635 euros. Le hallaron también una factura de compra, emitida por una empresa italiana, de un número importante de cazadoras a 6 euros la unidad. No sé ustedes, pero yo, además de confirmar que, como decía Borges, hay cosas que sólo suceden en la realidad, encuentro en esta historia no sé qué metáfora política.●